

115 años

Haciendo periodismo universitario

LUZ Periódico



Desde 1898, enaltecemos el rol orientador de la Universidad con información veraz y oportuna. Hoy, expresamos nuestra zulianidad con esta edición dedicada a los pueblos indígenas de la región: reflejo de nuestra historia y riqueza cultural, siempre mirando hacia un futuro respetuoso e intercultural.



Editorial

Orgullosos de nuestras raíces

Han transcurrido 125 años, desde aquella primera edición de este semanario, el 29 de enero de 1898. La decisión del sabio rector, Francisco Eugenio Bustamante, fue acertada. Crear un medio de una institución que ya reclamaba a voces, dar a conocer los debates académicos que se generaban, contrastar las diferentes corrientes filosóficas, religiosas y políticas del momento. Este importante hecho marcó el nacimiento del periodismo universitario en Venezuela.

Sobre estas páginas se han plasmado grandes momentos de nuestra historia universitaria, como el conferimiento en 1958 del *Doctorado Honoris Causa* a Rómulo Gallegos, la construcción de la Ciudad Universitaria, la inauguración del Hospital Universitario de Maracaibo y también, acontecimientos que marcaron un huella en la región como la caída del Puente sobre el Lago.

A pesar de ser fundado en 1898 en el quinto periodo rectoral de la institución, perteneciente a Francisco Eugenio Bustamante, el periódico como la universidad, cesó en 1904 cuando la universidad cerró. 42 años más tarde, la Universidad es reabierto y con ella todos los ideales que Castro había sesgado con su gobierno despótico. Pero no es sino hasta 10 años más tarde –en 1956–, en la rectoría

de José Domingo Leonardi Carrillo (1953-1958, sexto periodo rectoral después de la Reapertura) que a través de la Dirección de Cultura se realiza una reedición de los 20 números que circularon en la etapa fundacional.

Han transcurrido desde 1955, 12 periodos rectorales hasta llegar al actual, perteneciente a Judith Aular de Durán, en los que LUZ Periódico ha evolucionado constantemente hasta la época actual, que es la novena y quizás una de las más difíciles que ha atravesado en sus 125 años.

Este medio de comunicación impreso y que desde el 2017 circula en digital (por la falta de papel que apagaron las rotativas de los principales medios de comunicación del país) se ha mantenido como un icono, un referente informativo de la centenario Universidad del Zulia (LUZ), alma mater que resurge de sus cenizas, cual Ave Fenix para ser ese «faro que derrame largamente a través de los tiempos y las generaciones las ondas luminosas del saber, para blasón de la provincia y prestigio de la Patria», como lo dijo Jesús Enrique Lossada.

Celebramos estos 125 años arraigados a nuestras raíces indígenas, a nuestra cultura zuliana, esa que nos identifica como nativos de este lar y que hace que seamos un estado digno de admiración

por sus costumbres en cualquier latitud del mundo.

Somos un prolongación de esa primera junta redactora, que estuvo integrada por Francisco Eugenio Bustamante, Marcial Hernández, Adolfo Pons, Federico March, Eurípides Quintero Guzmán, Augusto Ortega, Juan Tinoco, M. J. Sanz Urrutia y José Encarnación Serrano.

Hemos seguido los «Rumbos», como titularon aquella primera página del 29 de enero de 1898 y gracias al esfuerzo de un equipo multidisciplinario integrado por: Franciana Andrade, Rosmeiry Ramírez, Jose Roberto Isea, Catia López, Karledys García, Ender Pérez, Madeleine Cervantes, Anabely García, Edicto Urdaneta, Ligimar Pérez, Alexandra Rincón, Herzeleide Torres, Jesús Salvador Millán, Leyohanna Áñez, Loisa Colmenares, Any Vargas, Nathalie Aguirre, María Patiño, Luidolanis Fernández, Leandro Palmar, Nathalie Fernández, Yenesy Galindez, Zayra Flores, Juan Pablo Croes, María Sanabria, Gustavo Cabrera, Norge Farías, Yalenis Quintero, Nisnoka Belloso, Verónica Moreno, Zulay Martínez y Tito Gutiérrez, LUZ Periódico se mantiene vigente.

Cada uno de ellos, periodistas, fotógrafos y diseñadores, del Departamento de Prensa y del Departamento de Identidad Institucional, así como

de las diferentes facultades, núcleos y dependencias, han dejado su huella indeleble en este medio, en momentos trascendentales como los que atraviesa nuestra universidad.

La acción gerencial y comunicacional, que hemos emprendido desde la Dirección General de Comunicación y del Departamento de Prensa desde el 14 de marzo del año 2020 hasta la actualidad, y que ha contado con el apoyo de la rectora Judith Aular de Durán, ha permitido que este semanario vea en las dificultades, oportunidades, avanzar sin miedo y enfrentando los retos que se presentan en el camino, como la pandemia por COVID-19 que obligó a escribir remotamente estas páginas, cada periodista desde casa y a utilizar las redes sociales como Instagram, Facebook y WhatsApp para su distribución dentro y fuera de la institución.

Gracias a nuestra comunidad universitaria, a nuestro estado Zulia y a nuestro amado país Venezuela, de donde somos pioneros en el periodismo universitario, seguiremos adelante, escribiendo la historia y siendo un medio de comunicación abierto y plural, bases fundamentales del buen periodismo y en donde siempre encontraran una tribuna todos los sectores de LUZ y de la sociedad. Son 125 años haciendo periodismo universitario.

El wayuunaiki, lengua materna presente ante la adversidad

Este lenguaje es el principal rasgo identitario del pueblo wayuu. Es la esencia que representa y simboliza la familia étnica del pasado con una visión de preservación hacia el futuro.

Franciana Andrade

FIELES A SUS RAÍCES y manteniendo vivo el legado de sus antepasados, la comunidad wayuu trabaja para defender su lengua materna, uno de los elementos más importantes y necesarios para su comunicación, desarrollo y protección.

Tei (mamá) o *tashi* (papá) son las primeras palabras que aprende un niño wayuu en su hogar, representando de esta manera su identidad cultural al hablar wayuunaiki, idioma oficial del wayuu, siendo este uno de los más importantes y dominantes de los pueblos indígenas en Venezuela y Colombia.

Para los niños y adolescentes wayuus, son los bisabuelos, abuelos y padres sus principales fuentes de aprendizaje en esta lengua, al comunicarse en sus hogares netamente de forma oral o informal, algo común entre las etnias nativas de América. Para ellos, la palabra aporta gran valor. Este legado guarda cuantiosa información de la historia de sus antecesores, que se ha ido construyendo al pasar el tiempo, a pesar de las transformaciones o adversidades vividas, forman parte de la memoria de un pueblo consolidado.

EL BILINGÜISMO EN LA ETNIA WAYUU

El uso del bilingüismo (wayuunaiki- español) en la etnia wayuu podría fortalecer la lengua materna o ancestral estableciendo estrategias para la preservación e inclusión de la comunidad en la sociedad.

Según los datos ofrecidos por el Instituto Nacional de Estadística de Venezuela (INE) en 2011, el 54,1 % de la comunidad indígena habla castellano.

Para María Teresa Bravo, asesora lingüística del Instituto Nacional de Idiomas Indígenas (INIDI) división Zulia, manifiesta que «la mayoría de los wayuu usan su lengua materna con la familia o comunidad, ya que prefieren hablar en castellano en contextos académicos, laborales, de intercambio económico o participación política» porque el español es el idioma dominante. «Sin embargo, el wayuunaiki debe apropiarse de nuevos espacios y evolucionar».

El bilingüismo, desde el enfoque intercultural, está enfocado a orientarse a fines educativos y al desarrollo de una población con habilidades multiculturales «sin perder u olvidar su lengua materna» pese a los distintos contextos de la sociedad.

¿UNA LENGUA EN PELIGRO DE EXTINCIÓN?

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), desde el año 2022 hasta el 2032, impulsará el Decenio Internacional de las Lenguas Indígenas



del Mundo, con el fin de tomar medidas necesarias para la preservación y desarrollo de las mismas.

Emelindro Fernández, jefe del Departamento de Estudio Socio antropológicos de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia (LUZ) expresa que «tiene una visión optimista» ante el proyecto de la Unesco porque «existe un gran grupo de jóvenes y adultos que defienden el idioma», con ayuda de lingüistas y defensores de los derechos culturales.

«Los wayuus se han adaptado a hablar en público, vía telefónica, a escribir y difundir la lengua como un derecho humano, cultural y expresión libre del hablante wayuu», describe Fernández.

Bravo, quien también es docente universitaria, explica que «todas las lenguas indígenas del país son susceptibles a desaparecer en décadas si no se toman las medidas necesarias para evitarlo».

«Frente a otras lenguas que se encuentran en un riesgo mayor, o que enfrentan una extinción inminente, el wayuunaiki reviste mayor vitalidad y posibilidades de recuperación, dado que es la segunda lengua más hablada en Colombia y Venezuela, después del español», afirma María Teresa Bravo.

El wayuunaiki, que forma parte de la familia lingüística arahuacas o arawak, fue reconocida en Venezuela en 1999 como una lengua cooficial. Para la fecha no se tiene un número exacto de hablantes nativos. Sin embargo, en 2011 el INE realizó un censo a la población indígena

lo que indicó que el 67.5 % de los cinco pueblos indígenas (wayuu, barí, yukpa, japería y los añú) del estado Zulia son hablantes nativos, lo que arrojó una disminución del 3.4 % en comparación al año 2001 con un 70.9 % incluyendo el idioma wayuu.

«El wayuunaiki no está en peligro de extinción, todavía, pero sí está en un estado vulnerable. Es la lengua indígena que está en menor riesgo, pero igualmente, es necesario tomar correctivos a partir de una planificación lingüística adecuada que cubra los requerimientos especiales», manifestó Bravo.

José Alvarado, docente universitario de LUZ y de la Universidad del Valle en Cali (Colombia), considera que para proteger el lenguaje es haciendo uso del mismo y el mejor lugar es la escuela como «medio ideal para que los niños y adolescentes wayuus no solo aprendan o mejoren su lengua, sino para que adquiera una especie de prestigio».

«Los jóvenes wayuus y las futuras generaciones están preparadas más que ningún otro pueblo indígena de Venezuela, y quizás de otras partes de América, en preservar y difundir su lengua materna», subrayó.

Fernández y Alvarado, especialistas en el área, coinciden en que existen más de medio millón de habitantes indígenas entre Venezuela y Colombia, aunque no existan cifras o estudios actuales que lo confirmen, miles de ellos defienden el idioma wayuunaiki



ENSEÑANZA DE UNA LENGUA FORTALECIDA

Aashajawaa (hablar), *Ashajaa* (escribir), *Aashajé'eraa* (leer); tres elementos importantes para que el aprendizaje sea efectivo, y para ello se requiere de familiares y/o educadores, además del material didáctico, y por supuesto, motivación.

«El wayuu es una lengua que cuenta con muchos materiales descriptivos. Gramática, diccionarios, inclusive traducciones como el libro *El Principito de Antonie de Saint-Exupéry* o el *Diccionario de computación en wayuunaiki* y materiales de diversa índole preparado por lingüistas o nativos indígenas que han sido entrenados en lingüística. Hay materiales, las condiciones están dadas», enfatiza el profesor Alvarado, quien también es compilador del proyecto de Microsoft Venezuela y la Fundación Wayuu Tayá para la creación del Diccionario de computación wayuunaiki (*Pütchimaajatü komputatoorachiki wayuunaikiru'usu*) en 2011.

Los profesores Fernández y Alvarado opinan que hay profesores preparados y conocen muy bien su lengua que es su estructura. Recordando que los wayuus tienen un fuerte liderazgo como los poetas, escritores e investigadores José Fernández, Nemesio Montiel y Miguel Ángel Jusayú.

«Sumado a esto, existe la necesidad de incorporar neologismos al vocabulario, en conjunto con los ministerios de educación en Venezuela y Colombia o institutos de idiomas indígenas para crear un nuevo vocabulario porque en el wayuunaiki se

habla para tratar temas de la vida cotidiana y no para enseñar temas de alguna ciencia como las matemáticas, la geografía, la biología, entre otras, ya que son términos no usados en esta lengua», explica el profesor José Alvarado.

Por su parte, la profesora Bravo añade que es importante «la creación de nichos lingüísticos, materiales para la enseñanza en y sobre la lengua, el establecimiento urgente de un currículo de educación propia pertinente con la cultura, apropiarse de nuevos espacios de uso de la lengua (medios de comunicación incluidos)», para resguardar la lengua wayuunaiki.

Institutos de idiomas indígenas, fundaciones e instituciones de Educación Superior en Venezuela como la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), que ofrece la carrera de pregrado y posgrado en Educación Intercultural Bilingüe y la Universidad del Zulia (LUZ) con la maestría en Lingüística y Enseñanza del Lenguaje de la Facultad de Humanidades y Educación; además de los cursos de wayuunaiki comunicativo en sus tres niveles, que pronto serán dictados nuevamente por el Departamento de Estudio Socio antropológicos de la Dirección de Cultura de la casa de estudios, forman a estudiantes y profesionales, lo que permite la inclusión y revitalización de un idioma transmitido en cada generación. Este lenguaje es el principal rasgo identitario del pueblo wayuu. Es la esencia que representa y simboliza la familia étnica del pasado con una visión de preservación hacia el futuro.

La Educación Intercultural Bilingüe se niega a morir entre los pueblos añú y barí

En dos extremos del estado Zulia, las experiencias escolares en las comunidades indígenas han estado marcadas por la carencia de formación y de estructura pedagógica para enfrentar la práctica docente en un contexto que busca ser intercultural y bilingüe

Karledys García

EN EL ESTADO Zulia conviven cinco pueblos indígenas: wayuu, añú, yukpa, barí y japrería. En 1944, el Gobierno Nacional estableció un convenio con la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos para la atención de los indígenas de las subregiones Guajira y Perijá, como parte del proceso de evangelización y asimilación a la vida nacional, esto fue posible mediante la imposición de centros misionales que introdujeron estructuras como la iglesia y la escuela a la vida de las comunidades indígenas.

El libro *Orientaciones Metodológicas para los Proyectos Educativos por Pueblos Indígenas (PEPI)*, editado por Unicef y el Ministerio del Poder Popular para la Educación, revela que en 1979 se hizo una demostración de la educación intercultural bilingüe por parte de niños wayuu del preescolar *Tepichi Palajana* —fundado en Maracaibo por la lideresa indígena Noelí Pocaterra— frente al ministro de Educación de la época. Es en ese año cuando se reconoce a la educación intercultural bilingüe como una alternativa para el acceso de los indígenas a la educación formal, pero con una visión que pretendía ser más respetuosa de las particularidades culturales. El decreto presidencial N° 283, aprobado en septiembre de 1979, y su posterior implementación en 1982, permitió establecer la Educación Intercultural Bilingüe (EIB) como un régimen educativo en zonas indígenas de Venezuela.

El recorrido de la EIB desde entonces ha estado marcado por aciertos y desaciertos al intentar llevar a la práctica algunos de los instrumentos jurídicos que se han dispuesto para su legitimación: la Constitución de 1999, la Ley Orgánica de Educación, la Ley de Pueblos y Comunidades Indígenas y la Ley de Idiomas Indígenas, así como decretos y resoluciones que reconocen a la educación propia y la educación intercultural bilingüe como alternativas para los pueblos indígenas.

LA ESCUELA EN EL PUEBLO BARÍ

Las experiencias de los pueblos indígenas del Zulia frente a la escuela de origen occidental han sido diferentes. Zaidy Fernández, coordinadora académica de la licenciatura en Antropología de la Universidad del Zulia, explicó que su experiencia en las comunidades barí de la Sierra de Perijá data de mediados de la década de 1990, cuando era posible encontrar escuelas bajo tres tipos de organización: las lideradas completamente por los barí, las escuelas bajo el control de las misiones religiosas y las que nacieron de una misión religiosa, pero ya habían sido asumidas por los miembros de la comunidad.

A diferencia de las hipótesis iniciales que se planteó Fernández en su investigación, años más tarde descubrió que «las escuelas que eran controladas por los barí terminaron siendo más normativas, donde los contenidos criollos tuvieron una mayor entrada y en las que eran controladas por las religiosas, aunque pareciera increíble, había una reflexión sobre la interculturalidad, mantuvieron algunas actividades y lograron producir algunos materiales que se acercaban más a la interculturalidad».

En ese momento, se contabilizaban siete escuelas en el territorio barí: cuatro fundadas por las misiones religiosas y tres por iniciativa comunitaria. El análisis de las dinámicas escolares arrojó que «no había una educación intercultural bilingüe de acuerdo a los parámetros que el Ministerio decía, sino que los maestros, como eran miembros de la comunidad, hablaban en su idioma para explicar las clases; pero los contenidos y los programas que ellos seguían eran los mismos que en las escuelas criollas urbanas», aseguró Fernández.

Luis Sobadyera Aksibari, supervisor circuital barí de la Zona Educativa en el municipio Jesús María Semprún, aseguró que actualmente funcionan 16 instituciones educativas distribuidas en los niveles de educación inicial, primaria, básica y media dentro de las comunidades barí ubicadas en los municipios Machiques de Perijá y Jesús María Semprún del estado



Karledys García

Zulia. Desde su práctica, este maestro considera que la educación impartida en las escuelas barí tiene a la educación propia como punto de partida, principalmente con la implementación del Calendario Socioeducativo de este pueblo indígena y desde sus circunstancias actuales.

Para Sobadyera Aksibari, la escuela toma en cuenta «todos los aspectos para no perder la cultura y tener sentido de pertenencia barí. Le decimos a los niños que venimos de la piña, que es nuestro origen; y trabajamos de acuerdo a las estaciones. Dependiendo de cómo vaya pasando el tiempo (las estaciones) hacemos cambios, porque según los sabios el tiempo ha cambiado mucho por la alteración del ser humano».

Entre las actividades socioproduktivas barí que están asociadas a la escuela se encuentra la siembra, una actividad que inicia con el verano y «donde el pueblo barí aprovecha para sembrar su cosecha y que cuando llegue el invierno la cosecha esté lista para recoger, bien sea para el sustento de la familia o para comercializar hacia el pueblo occidental labaddó o criollo», aseguró Sobadyera Aksibari. De igual manera, el especialista aseguró que la pesca o *kiro* (en lengua barí) «la

practicamos los miércoles en todas las escuelas. Nos vamos a la pesca comunitaria después de las nueve de la mañana».

Según Fernández, esta adaptación de la escuela a las prácticas culturales y que incluía la disposición de los miércoles como día libre para desarrollar las actividades de pesca colectiva ya existía cuando hizo su investigación en las comunidades barí, pero no tenía una repercusión en la vida escolar: «nunca vi que desarrollaran actividades pedagógicas a partir de esa de la pesca, se trataba de un día dedicado a las actividades de la comunidad, pero no había realmente una retroalimentación o reflexión sobre ella».

Más allá de la incorporación de la escuela en las dinámicas culturales o el ejercicio pleno de la interculturalidad, la lengua viene a formar parte importante del proceso de enseñanza-aprendizaje de las comunidades indígenas. Sobre este aspecto, Zaidy Fernández, refiere que a los barí «les costaba aprender a leer y a escribir, porque era en otro idioma y los maestros, aunque hablaban en barí sobre todo durante los primeros grados, lo utilizaban para traducir y que los niños los entendieran. Aprender a hablar otro idioma y aprenderlo a leer y escribir de

manera simultánea era bastante complicado, incluso para los maestros».

Lograr el bilingüismo requiere de herramientas y formación para la enseñanza de una segunda lengua, que en el pueblo barí «no se daba. Ellos (los maestros) enseñaban lengua y literatura como si estuvieran enseñando una primera lengua, pero realmente era una segunda. Ese traspaso de la primera a la segunda lengua no ocurría, sino que la didáctica que ellos utilizaban era la misma que se usaba en las escuelas criollas con hablantes nativos del español», aseguró Fernández. De esta manera, la EIB en el pueblo barí «no desarrollaba realmente la lógica de esa cultura, sino que era la lógica criolla, occidental, con ejemplos de la cultura barí».

REVITALIZACIÓN LINGÜÍSTICA Y ESCUELA AÑÚ

La experiencia de la EIB en el pueblo añú es diferente al caso barí. El contacto de la población con la sociedad criolla ha sido aún más intenso, al punto que el uso de la lengua añú se ha reducido a la supervivencia de sólo un hablante del idioma y se mantiene en un proceso de revitalización a través de la escuela, tanto



Leticia Sobadyera Bachichida

“

«Aquí decimos que no tenemos discriminación pero sí hay, y seguimos con cierta vergüenza étnica que nos impide mostrar lo que realmente somos y muchas veces ocultamos nuestro ser indígena»

Heberto Ortega

en las comunidades rurales como en Santa Rosa de Agua, al norte de Maracaibo.

Heberto Ortega, jefe de la División Zulia del Instituto de Idiomas Indígenas, expresó que el pueblo añú conserva sus elementos culturales en la cotidianidad, pero «el problema más difícil es la parte lingüística, porque las prácticas culturales son aprendidas dentro de la misma comunidad y con la familia; pero en el caso de la lengua, cesó la transmisión intergeneracional: nuestras madres, abuelas o tías no nos enseñaron el idioma, es por eso que está casi extinto y estamos en la lucha, estamos en el hacer y en el querer retomar ese idioma».

Para María Teresa Bravo, lingüista especializada en lenguas indígenas y profesora de la licenciatura en Antropología de LUZ, son varios los obstáculos que se han presentado en la población añú de Santa Rosa de Agua para lograr que esta lengua en proceso de revitalización pueda volver a constituirse como una lengua de uso cotidiano: «en primer lugar, se ha dirigido la atención a la escuela y se ha descuidado un poco el ámbito comunitario, se hacen algunas actividades de revitalización cultural pero no lingüística o, al menos, son muy pocas. Por otro lado, existe una desvinculación y desarticulación desde el punto de vista curricular, del método y de las acciones que se realizan en pro de la revitalización lingüística desde la escuela».

Aunque se han hecho propuestas curriculares desde los pueblos indígenas, en el caso añú «no existe un currículo de educación cultural o de revitalización lingüística que tenga carácter oficial, sino que cada uno de los docentes de EIB en las distintas escuelas tienen una forma diferente de abordar el problema educativo y de enseñar, esa desarticulación también es evidente en el resto de las escuelas añú en Mara y Guajira. Existe una desarticulación desde el punto de vista de las políticas educativas y de las prácticas educativas de las escuelas», explicó Bravo.

Sobre este punto, Ortega explicó que la implementación de la EIB añú está liderada por un docente en cada escuela, «que la imparte como si fuera una materia y viene siendo nada más una sesión de 45 a 90 minutos semanal para cada grado. Eso ocurre en inicial y en primaria, pero cuando llega a la secundaria no hay docente de EIB, se pierde la secuencia de la enseñanza, el niño va olvidando eso que aprendió y todo ese trabajo, lamentablemente, se va diluyendo».

Un punto común expresado por ambos especialistas fue la necesidad de formar y sensibilizar a la población y los maestros para que el trabajo de la EIB se fortalezca en la escuela, pero trascienda sus espacios: «el único que más o menos sabe de la lengua añú es el maestro de EIB, pero el resto de la comunidad educativa siente un total desapego por aprender la lengua, porque no le ven utilidad, no ven la necesidad o sienten que es perder el tiempo», aseguró Bravo.

A todas las dificultades que enfrenta la práctica de la EIB en el pueblo añú, se suma la situación del país y la pandemia, que han influido en que la EIB «se encuentra en un proceso de letargo, prácticamente. Al pueblo añú nos ha costado mucho, por la vergüenza étnica, por la resistencia cultural que hay debido a la alienación que tiene el pueblo en sí, sobre todo en la parte urbana de Santa Rosa de Agua», expresó Heberto Ortega.



La interculturalidad en LUZ: el acceso del joven indígena a la educación superior

El acceso a la educación universitaria del joven indígena posibilita el intercambio de culturas en los espacios de la universidad y moldea la identidad nacional.

Edicto Urdaneta (Pasante)

LA MASIFICACIÓN de la educación superior en el siglo XXI en Venezuela ha posibilitado el ingreso de distintos sectores sociales, especialmente los jóvenes indígenas, que históricamente han sido excluidos de los espacios educativos, sobre todo de la educación superior. Sin embargo, esta realidad, en los últimos años se ha plasmado en menor medida hacia los estudiantes indígenas, reflejándose en su acceso, la cobertura, la concentración de matrículas en algunas carreras y, en lo cotidiano, a las relaciones que se establecen en los espacios educativos superiores en Venezuela.

La Ley Orgánica de Pueblos y Comunidades Indígenas de 2005, en su artículo 84 expresa: «el Estado garantiza, en coordinación con los pueblos y comunidades indígenas y sus organizaciones representativas, el acceso a la educación superior».

En este sentido, la Universidad del Zulia (LUZ), buscando mejorar las condiciones para la inclusión del joven indígena en sus aulas de clases, inició un programa de incorporación de grupos tradicionalmente excluidos o imposibilitados de ingresar a la universidad con el Programa de Admitidos por la Institución (API-Indígena), una modalidad de ingreso para aquellos estudiantes pertenecientes a cualquier etnia del estado Zulia, fuera de la asignación tradicional que realiza la Oficina de Planificación del Sector Universitario (OPSU).

«El acceso de los estudiantes indígenas a la educación universitaria, de acuerdo con los criterios de una política de inclusión en las casas de estudio, está más que reconocido el ingreso de los estudiantes indígenas con ciertos privilegios, justificados, como se ha venido haciendo en la Universidad del Zulia con la figura del API-



Indígena», aseguró el fallecido Nemesio Montiel, profesor emérito de LUZ, en su columna La educación universitaria y los indígenas publicado en el portal NODAL (Noticias de América Latina y el Caribe) en enero de 2016.

Lusbi Portillo, profesor jubilado de LUZ, señala que «fue una importante conquista étnica, gracias a esta modalidad se permite el ingreso de la mayor cantidad posible de jóvenes bachilleres indígenas a la Universidad del Zulia, más en los tiempos de difícil acceso de cupo estudiantil, en especial en la Facultad de Medicina y la Escuela de Derecho».

LA RELACIÓN E INTERCAMBIO DE COSTUMBRES

Con este programa de inclusión, la Universidad del Zulia permite la visualización y preparación de un proceso educativo permanente para que los jóvenes puedan incorporarse al mercado laboral satisfactoriamente con un alto nivel de formación. En este sentido, la casa de estudios de mayor envergadura en la región zuliana, ha sido un ejemplo de excelencia al permitir que los jóvenes indígenas logren grandes reconocimientos por el buen desenvolvimiento en el ejercicio de su profesión.

De esta manera, LUZ marca la diferencia con la presencia e interacción equitativa de diversas culturas con la posibilidad de generar expresiones culturales compartidas, a través del diálogo y del respeto mutuo. Lo que implica asumir la interculturalidad positivamente como un compartir de la diversidad cultural en el espacio universitario.

Para la antropóloga y profesora, Yulibeth Hernández, «la interculturalidad se entiende como un proceso de adaptación y convivencia entre las diferentes culturas en un espacio geográfico, donde los pueblos entran en una etapa de intercambio de saberes en los diferentes ámbitos culturales».

EL DÍA A DÍA DEL JOVEN INDÍGENA PARA TRASLADARSE A LUZ

El municipio Guajira, una jurisdicción indígena habitada también por el pueblo Añú, ha concebido a grandes e insignes personajes que, a pesar de la crítica situación en la que se encuentra el municipio, han logrado cursar y egresar de la Universidad del Zulia. Jóvenes con grandes capacidades para integrarse en el mundo laboral, que se dedican apropiadamente a su profesión y que siguen preparándose y formándose, sorteando los problemas de distancia y de movilidad que se presentan para asistir a las aulas de clases de LUZ.

La joven wayuu Geraldine Suarez, estudiante del noveno semestre de la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades y Educación (FHE), señaló su experiencia de estudiar en los actuales momentos. «Es una odisea trasladarme todos los días a la ciudad para asistir a

«El Convenio API Indígena de la Universidad del Zulia duplicó la demanda de ingreso en el año 2022. Es decir, se incrementó a 500, los aspirantes de los diferentes pueblos indígenas, en este programa de ingreso tenemos wayuu, añú, yukpa y bari, de los cinco pueblos propios de la región hay presencia de cuatro», explicó Emelindro Fernández, jefe del Departamento de Estudios Socio antropológicos de la Dirección de Cultura de LUZ

las clases, la vida no fue justa conmigo, me ha tocado pedir cola, a veces no lo consigo y no puedo asistir a clases, cuando en la casa logramos algún ingreso se guarda para el transporte. La situación para el estudiante es crítica».

Así mismo, Pedro Uriana, estudiante de Educación Integral, dijo: «nacé en Cojoro, porque mi papá es de ahí, pero nos vinimos al poco tiempo por el tema de la escuela que aquí está más cerca, además para el wayuu no hay fronteras, el wayuu de la Guajira colombiana y el wayuu de la Guajira venezolana hacemos una sola nación, fue muy complicado nuestro proceso de adaptación a la ciudad, pero nos hemos adaptado a la rutina».

En las diferentes facultades de la Universidad del Zulia se ha hecho hincapié en ofrecer la oportunidad a los jóvenes indígenas en situaciones vulnerables y de bajos recursos para que puedan asistir y cursar sus estudios en las diferentes carreras.

La memoria cultural del wayuu trasciende la globalización y la aculturación

Las raíces de la memoria cultural del Zulia se hallan en su mestizaje entre etnias aborígenes, europeos, africanos, una singular amalgama de identidades.

Madeline Cervantes Serna

RESISTIENDO en el tiempo se reconoce la fortaleza del pueblo wayuu que mantiene sus costumbres, centrado en la memoria de su gran nación. Los wayuu son herederos de una tradición cultural de elevada significación ritual en la que se involucra a la familia, siendo lazo de fraternidad y posicionamiento social, de allí el respeto que demuestran a elementos identitarios que en buena parte prevalecen hoy, transmitidos entre cada generación, aun cuando su realidad ha cambiado bajo la influencia de la sociedad criolla occidental donde desarrollan su dinámica cotidiana.

La profesora Rubia Luzardo de Montiel, docente e investigadora de la Universidad del Zulia (LUZ), explica que «han permanecido pese a la aculturación permanente a la que están sometidos, siguen sus propias normas de convivencia social, con una riqueza cultural diversa». Destaca que la oralidad ha posibilitado la dominación lingüística del wayuunaiki (idioma wayuu) y la continuidad de sus tradiciones.

Emelindro Fernández, jefe del Departamento de Estudios Socio antropológicos de la Dirección de Cultura de LUZ, indica que «el wayuunaiki es el idioma transfronterizo indígena con mayor número de hablantes, en ese sentido enmarcados dentro del Decenio Internacional de las Lenguas Indígenas, priorizando su revitalización, de ahí se enfatiza desde la Universidad del Zulia en la atención e integración de la diversidad lingüística y el multilingüismo para su preservación y promoción».

En la configuración de la identidad cultural del wayuu, hay significativas costumbres que aún se practican en el mundo globalizado por el internet y la era digital:

ORGANIZACIÓN SOCIAL

La profesora Luzardo establece en primer lugar la contemplación de la matrili-

nealidad, «condicionante para la forma de la organización social y familiar. Es wayuu, quien nace de un vientre wayuu, y de ahí la pertenencia a un clan o tótem específico, este entramado marca relaciones, decisiones familiares, consulta a las matronas o a los sabios ancianos».

Emelindro Fernández añade que «nos agrupamos en eirukuu o clanes, siendo más de 20 dentro de la sociedad wayuu, a los que se pertenece según transmisión matrilineal». Cada clan se identifica con un nombre y es representado por un animal; *Uriana* (tigre), *Jayariyuu* (perro), *Jusayuu* (mapurite), *Ipuana* (kari-kari), *Epieyuu* (cataneja), *Pushaina* (cerdo), *Epinayuu* (burro), entre otros.

LA PALABRA

Otra costumbre que se mantiene es el poder de la palabra, a través del que se integran hoy día en todos los ámbitos: comunitario, político, educativo y jurisdiccional para la toma de decisiones y búsqueda del bienestar colectivo. Destaca Luzardo que «reposa en el *Pütchi* (la palabra) la responsabilidad de mantener el equilibrio en las relaciones de los wayuu, dirigida a través del *Pütchipü* (Palabrero), figura encargada de la resolución de los conflictos internos, reconocida constitucionalmente en la carta política del Estado venezolano, es importante distinguir su impacto en las relaciones con la sociedad no wayuu».

A su vez, Fernández señala el preponderante papel de la palabra en la resolución de conflictos, «es a través de la intervención del *Pütchipü*, que se resuelven faltas o se otorgan indemnizaciones, es esa la forma como el buen wayuu reconoce su error, para mantener su estatus de honorabilidad y respeto».

RELIGIOSIDAD

En la religiosidad wayuu pervive el cum-

plimiento familiar del Segundo Velorio, Fernández explica que «sin importar el lugar de fallecimiento de un wayuu, siempre sus restos regresan a la tierra familiar para su descanso eterno. Con su exhumación, a partir de los 7 años de su muerte, se coloca junto a sus ancestros en los cementerios familiares en La Guajira». Este evento se realiza comúnmente al inicio de cada año, reuniendo a parientes y cercanos al clan, momento en el que se come y brindan bebidas en honor a sus difuntos.

«El mundo religioso del wayuu se guía por los sueños y su conexión con sus ancestros», refiere la profesora Luzardo, «de ahí el cuidado otorgado a los restos mortales de los familiares, en un primer y segundo velorio que generalmente se realiza bajo la decisión colectiva de la familia».

RITUALES DE SOCIALIZACIÓN

Otra costumbre de socialización es la preparación de la niña para su papel de mujer wayuu, reproductora de saberes y transmisora de su linaje a través de la sangre. Al respecto, Fernández indica que se debe corregir su percepción dentro del mundo *Alijuna* (no wayuu), aclara que es un ritual de preparación de la niña a partir de su cambio físico luego de su primer período menstrual; madres y abuelas atienden a la niña con prácticas y enseñanzas como cortar el pelo, realizar baños, modificar su alimentación, enseñarle oficios y cambiar su vestuario. Proceso que se ha modificado en el tiempo en los asentamientos urbanos, pues pasó de ser desarrollado durante todo un año, a ser aplicado durante días o pocas semanas.

MEDICINA TRADICIONAL

La farmacopea wayuu sigue vigente, Luzardo y Fernández coinciden en que esto se puso de manifiesto al enfrentar la pandemia COVID-19, cuando no du-



daron en recurrir a plantas de manera complementaria a los tratamientos de la medicina occidental.

«La aplicación de nuestras medicinas y el esfuerzo de las mujeres indígenas tuvo resultado positivo y sobrevivimos, en el caso del pueblo wayuu se aplicaron con éxito nuestras *samuttapai* (mapurite), *alouka* (palomatia), *malua* (palosanto), *marawilla* (maravilla), *jeechuwa* (tuatúa), entre otras plantas para tratar *tuukoowikaa* (el Covid)», comenta Fernández.

GASTRONOMÍA, ARTESANÍA, DANZA, MÚSICA

La gastronomía típica wayuu es muy variada, sus preferencias alimenticias se mantienen, aun cuando se han cambiado algunos patrones en relación al necesario cuidado de la salud, asumidos por su interacción con la sociedad alijuna.

Asado de ovejo o chivo hervido, guisado, cecina, pescado, su tradicional chicha de maíz, arroz con frijoles, comidas a base de coco; han trascendido del territorio de La Guajira, llevando a la urbe marabina y otras regiones del país, formas propias de preparar su dieta originaria.

En relación a su producción artesanal, Luzardo explica que el tejido de chinchorros, tapices y otras creaciones forman parte de la cotidianidad del wayuu, siendo medio para su economía familiar y clanil, las mismas trascendieron a los no wayuu, «prácticamente en cada hogar

zuliano hay uno de estos elementos, es una realidad que la migración de venezolanos al extranjero, que incluye a los wayuu, ha llevado a otros territorios estas expresiones artísticas».

Para el sociólogo Fernández, su vestimenta se mantiene e innova, adaptándose a las telas comerciales, diversificando sus diseños y marcando la presencia de sus tejidos en eventos y actividades sociales entre la población no wayuu.

Prevalecen manifestaciones escénicas como la *Yonna* o *Sukuwa*, la danza más popular de los wayuu que se realiza por diversos motivos, después de la recolección de las cosechas, sueños o revelaciones, visitas importantes, por indicación terapéutica de una *ouutsu* (sanadora wayuu), en presentaciones de la *majayut*. En este aspecto el sociólogo Fernández destaca la acción de revitalización que desde la Dirección de Cultura de LUZ realizan con la *Yonna* y el espectáculo escénico *Kaa'ulayawaa*, que incluye canto, juego y teatro, en celebración a la llegada de *Juyá* (la lluvia).

Costumbres que exigen un trabajo mancomunado para su justa valorización, para que el Zulia continúe siendo, como describió el desaparecido profesor Nemesio Montiel Fernández, ex Director de Cultura de LUZ, «un crisol de culturas, en la cual convergen múltiples miradas y saberes y, la wayuu es parte de ese espectro que nutre la zulianidad y sus elementos identitarios».

Laguna de Sinamaica, tierra de la «gente de agua»

La mística laguna prevalece con su esplendor natural y los añú acuden a ella para su sustento, manteniendo su cultura indígena que preserva los valores y su identidad en el tiempo

Rosmeiry Ramírez

UBICADA en la costa noroeste del lago de Maracaibo, con 50 kilómetros cuadrados de extensión y siendo su principal afluente el río El Limón, se encuentra la Laguna de Sinamaica; hogar de la etnia indígena añú, cuyo significado es «gente de agua».

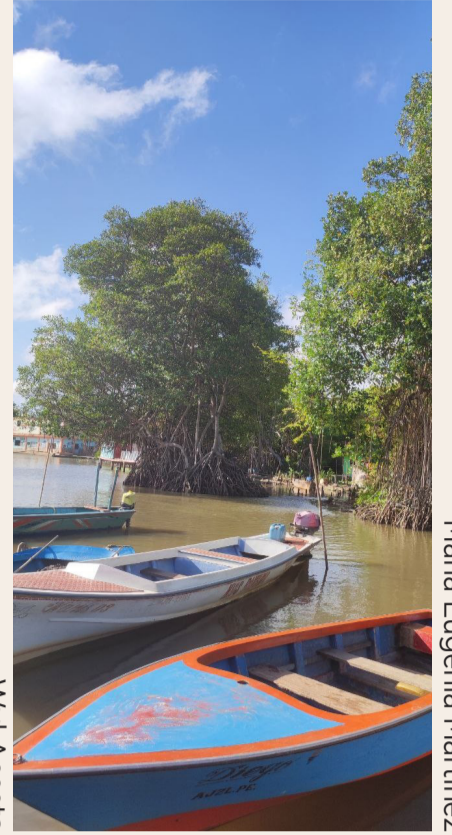
Mantienen una cultura indígena que preserva los valores y su identidad en el tiempo. Viven en palafitos que son viviendas construidas sobre el agua, hechas de madera y enea.

Se transportan dentro de la laguna, en cayucos, que son embarcaciones de una sola pieza, más pequeñas que una canoa y que se dirige con un remo, en lanchas con un pequeño motor o en las llamadas «bateas», que son pipas de aguas que han adaptado para poder trasladarse en la laguna.

Fieles a sus tradiciones, viven de la pesca y de la venta de artesanías que realizan con materiales que su tierra les provee. La mística laguna prevalece con su esplendor natural y los añú acuden a ella para su sustento, como lo dijo Luengo en *La cosmogonía añú*: «por el cuerpo de Warushar estamos aquí, si Warushar no nos hubiera dado cuerpo no estuviéramos en aquí, nosotros estuviéramos perdidos, no estuviéramos en el mundo... El cuerpo vive del agua, yo vivo en el agua con la arena, el cuerpo es de agua y arena, de ella y de nosotros también. Por eso dicen que el cuerpo es Warushar... Warushar está enferma, si Warushar muere, nosotros moriremos con ella».



Wyl Acosta



María Eugenia Martínez



Wyl Acosta



Rosmeiry Ramírez



Wyl Acosta



Bárbara Vilchez

El pueblo wayuu, sus creencias y la iglesia evangélica

El pensamiento mítico wayuu abarca una instancia sagrada que va desde la creación, hasta dar testimonios de su existencia y su relación con los dioses. Su mundo cosmogónico nace de la concepción religiosa y para ellos, el cielo es concebido como una revelación divina.

Ligimar Pérez (pasante)

EL PUEBLO WAYUU, también conocidos como guajiros, es la etnia más numerosa de Venezuela y Colombia, descendientes del pueblo arawak, la mayoría de ellos habitan en la Península de la Guajira colombo-venezolana. No obstante, han sido víctimas de cambios culturales acelerados y presionados por las condiciones económicas, se han visto en la necesidad de migrar a distintas ciudades de Colombia y Venezuela, además, representan el 57% de la población indígena nacional.

Por muchos años, el pueblo wayuu ha sido percibido como ignorantes o marginados por una sociedad que los ha excluido y que en ocasiones los ha visto como salvajes. Esta etnia posee una lengua propia, la cual es el wayuunaiki, sin embargo, la mayoría de la generación más joven habla español con fluidez. Del mismo modo, poseen una cultura propia y sus formas de vida y cosmovisiones son distintas a las sociedades occidentales, por ello la etnia wayuu es una comunidad autónoma.

LAS CREENCIAS DEL PUEBLO WAYUU

Para los wayuu, la idea de cosmovisión se refiere a la imagen de la existencia del universo, a la manera de ver e interpretar el mundo y suele estar compuesta por determinadas concepciones, valoraciones y percepciones sobre dicho entorno. A su vez, la cosmogonía puede entenderse como una narración mitológica que intenta dar respuesta al origen del universo y por supuesto, del hombre.

Beatriz Sánchez (2005) en su trabajo titulado *Filosofía mítica wayuu* expresa lo siguiente: «la simbolización de la naturaleza en el pensamiento wayuu encierra

connotaciones que caracterizan la presencia de los dioses en su permanente enlace entre el cielo y la tierra». Pues bien, el pensamiento mítico wayuu abarca una instancia sagrada que va desde la creación, hasta dar testimonios de su existencia y su relación con los dioses. Su mundo cosmogónico nace de la concepción religiosa y para ellos, el cielo es concebido como una revelación divina. Así mismo, es *Maleiwa* quien representa la unidad y la creación y se expresa en otras divinidades.

En las creencias de la cultura wayuu existen otras divinidades como lo explican los profesores Carlos Valbuena y Nelly García (2004) en su trabajo titulado *Cuando cambian los sueños. La cultura wayuu frente a las iglesias evangélicas*, indican que: «existen seres míticos y sagrados que inciden en la vida de los wayuu y algunos de ellos son: *Maleiwa*, organizó la sociedad wayuu se apartó y se transformó en una deidad ociosa y distante; *Juyá*, es una deidad masculina dueño de la lluvia y la cacería; *Pulowi*, es una deidad femenina, múltiple y polifacética; *Yolujas* o espíritus de los Wayuu muertos que adoptan formas humanas; *Akalapui*, enanos de apariencia humana que atacan a los humanos hasta matarlos; *Epeyüit* y *los marüla*, están asociados a las enfermedades y la muerte; *Wanülü*, están asociados igualmente a la enfermedad y a la muerte; Sueño o *Lapü*, es quien señala el destino, pone poco a poco el alma en el recién nacido y también la quita de aquél que se está muriendo».

Por otro lado, el pueblo wayuu también se caracteriza por tener curadores, denominados en wayuunaiki «*oütshi*», quienes actualmente han sido afectados por cambios sociales y debido a esto no cuentan con el mismo prestigio que antes, ade-

más, también influye que ahora se acude al sistema médico occidental. Ante esto, Carmen Paz, antropóloga, afirma que «la iglesia evangélica ha influido en que los curadores wayuu dejen de serlo, he visto gran cantidad de curadores que dejan de lado sus espíritus auxiliares o aseyyu para convertirse en pastores. Además, han incidido en el desprestigio de los curadores wayuu». Los *oütshi* no cuentan con el mismo protagonismo de hace décadas atrás.

LA IGLESIA EVANGÉLICA EN LA COMUNIDAD WAYUU

Hoy día, las iglesias evangélicas forman parte de las experiencias religiosas de la comunidad wayuu, puesto que estos grupos se han tomado la tarea de persuadirlos obteniendo éxito con un número importante de esta etnia. La profesora Nelly García aporta lo siguiente: «el cristianismo evangélico o protestantismo evangélico es un cristianismo protestante que postula que la esencia del evangelio es la doctrina de la salvación. Dentro del grupo están las viejas iglesias evangélicas y las denominadas nuevas iglesias evangélicas de reciente aparición». Estas nuevas iglesias evangélicas afirman ser la religión verdadera y califican a la iglesia católica como falsa.

Carmen Paz afirma que dentro de la religión evangélica existe el adoctrinamiento, pues con esto se introducen los contenidos religiosos para incidir en el cambio cultural. También utilizan el diezmo, ofrecen ayudas como alimentos y medicinas para llegar a más personas. En consecuencia, esta nueva religión ha influido significativamente en la cultura wayuu. «La iglesia se apropia de muchos contenidos de la cultura wayuu para incidir en los procesos de cambio cultural, son



gregarios y las formas de solidaridad se circunscriben al marco de su religión», señala la antropóloga.

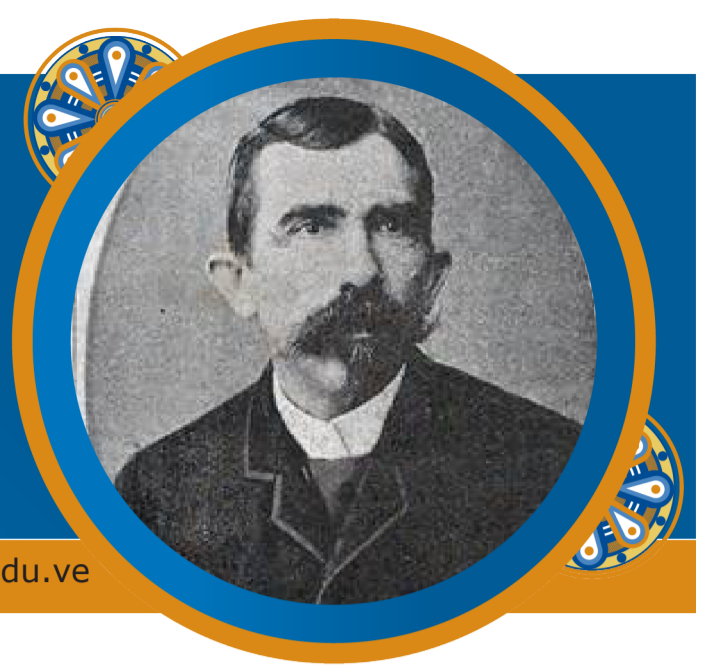
Desde otra perspectiva, en la iglesia evangélica Obra Evangélica Luz del Mundo, ubicada en Santa Cruz de Mara, estado Zulia, su pastor Ismael Montiel, afirma que «la influencia de la iglesia en la comunidad wayuu ha sido positiva, pues ellos estaban entregados al alcoholismo, a la poligamia y a la venganza hasta que conocieron los valores y principios que enseñan las escrituras y dándoles a comprender que en Jesús hay vida».

Montiel lleva dos años ejerciendo el pastoreo y esta iglesia ha ofrecido alimentos, cortes de cabello y ha dictado cursos de peluquería como aporte a la comunidad. «Parte de la población todavía continúa con sus tradiciones y creencias, y parte de aquellos que han llegado a los pies de Jesús, han moderado sus creencias», expresó.

La pastora de la iglesia evangélica Fe y Esperanza, ubicada en el sector San Juan,

en Tuberías, Maracaibo, Zulia Catalo, da testimonio indicando que a través de las enseñanzas de la iglesia, los wayuu han tenido motivos para cambiar algunas de sus creencias, por ejemplo, en los piaches (curanderos) y de este modo, la iglesia les presenta otra realidad para querer ser transformados y así adaptarse a la sociedad que antes los discriminaba. «Las enseñanzas y el convencimiento de lo correcto les ha dado motivos para cambiar. Ahora tenemos jóvenes que eran adictos en la comunidad y ahora trabajan, se casan y se adhieren a la sociedad», expresó.

A pesar de ser personas supersticiosas y fieles a su cultura y tradiciones, las iglesias evangélicas han transformado los mitos, rituales y creencias de la población wayuu y les han dado paso para profesar su fe, la cual ha sido recibida con satisfacción. Estas iglesias utilizan la ayuda que ofrecen como mecanismo para acercarse a más personas y para que su evangelio obtenga un mayor alcance.



Los Derechos Humanos parecen no existir en las comunidades de La Guajira

Indígenas en el olvido

En la Guajira, los pobladores viven en una situación de precariedad y agonía. El pan de cada día se ha convertido en una necesidad y el acceso al agua y electricidad es un lujo.

María José Núñez
SEGÚN LOS ÓRGANOS de Derechos Humanos, universalmente la alimentación es un derecho que debe ser garantizado. Todas las personas deberían contar con seguridad alimentaria, como establece el artículo 25 en la Declaración Universal. Sin embargo, en la región Guajira, estado Zulia, ese derecho no existe.

En un poblado donde los servicios públicos son casi inexistentes, habitan diversas etnias indígenas que tienen una calamidad en común: la desnutrición.

De acuerdo con el Comité de Derechos Humanos de La Guajira, existen altos índices de desnutrición en varias zonas de La Guajira. Una de ellas es la Laguna de Sinamaica, donde en la comunidad El Barro, 83 % de las familias solo comen una vez al día, con limitadas raciones de alimentos. Además, en esta comunidad, para el 93 % de la población, la principal fuente de proteína es el pescado.

El activista y defensor de Derechos Humanos de las comunidades indígenas, Valmore Montiel, aseguró que la mayoría de las familias comen y viven de la pesca diaria, pero en ocasiones los padres de familia que salen como pescadores no consiguen traer nada a casa.

«En el caso que no haya pesca, comen bollitos de harina de maíz con salsa de tomate, arroz con salsa de tomate, arepa sola o una chicha de maíz», dijo en declaraciones ofrecidas a LUZ Periódico.

La activista y coordinadora de Liderazgo Femenino de la organización Alimenta la Solidaridad, María Elena Parra, indicó que los wayuu, debido a su bajo ingreso económico, consumen «muchísimas» harinas y los productos que trae la caja del Comité Local de Abastecimiento y Producción (CLAP).

«Eso afecta la nutrición tanto de niños como de adultos», sostuvo Parra, quien explicó al equipo de prensa que hay muchos niños en estado de desnutrición y que se nota con solo verlos.

«Eso se puede notar cuando los niños tienen el cabello amarillo. Tener su cabello amarillo no es un rasgo o fenotipo de la población wayuu o añú. Su cabello es negro o marrón. Cuando lo tienen así da indicios de que poseen desnutrición», afirmó la también activista de la Organización No Gubernamental EmpoderaMe Venezuela.

Montiel, por su parte, comentó que la desnutrición en niños, niñas y adolescentes (NNA) es «bastante grave» y poco visibilizada por las organizaciones de Derechos Humanos. Manifestó que debería atenderse con urgencia a esta población vulnerable porque incluso hay comunidades donde las personas «solo toman un vaso de agua con azúcar» durante el día.

En una visita a las comunidades wayuu que se encuentran en el municipio Mara, algunos niños expusieron su situación y comentaron que sufren mucho y se van a dormir esperando que «el sufrimiento se les vaya», esperando que su panza deje de gruñir.

Los niños más pequeños e incluso bebés, se alimentan de la leche materna. De acuerdo con el Comité de Derechos Humanos de la Guajira, 90 % de la población infantil sobrevive alimentándose con leche materna o chicha de maíz; pero, aún así, la mayoría se encuentra en muy bajo peso en comparación con su talla.

En el informe del año 2022 «Situación general de los Derechos Humanos en el Zulia pueblos y comunidades indígenas», elaborado por la Comisión para



Wyl Acosta



María Parra

¡Con hambre y sin derechos!

En las comunidades más pobres de la Guajira venezolana, los habitantes solo "toman un vaso de agua con azúcar" para apañar esos días en los que no hay desayuno, almuerzo, ni cena. Los niños, niñas y adultos mayores son la prioridad en las familias que no tienen suficientes alimentos. Ellos comen y los papás aguantan. El pescado, la harina, yuca y papa son los rubros más consumidos en La Guajira. Sin embargo, eso no basta para una dieta equilibrada y rica en nutrientes. Por tanto, cientos de personas padecen desnutrición. Ellos sufren y así lo expresan, pero no tienen más que hacer que resistir y trabajar para buscar el alimento del día. La Guajira no solo adolece en temas de derecho a la alimentación, sino también por temas como el acceso a servicios básicos (agua, electricidad o internet), a una vivienda digna, a la salud, e incluso a la educación, pues como dicen algunos niños: ¡cómo voy a clases con hambre!, ¡cómo escribo si no tengo lápiz!

los Derechos Humanos del Estado Zulia (Codhez), se detalla que en sectores como Guarero (localidad del municipio Guajira), algunas madres se ven obligadas a salir a la calle a pedir comida para sus hijos. Asimismo, se describe cómo los adultos mayores de La Guajira son otra población sumamente vulnerable que depende de la ayuda de otras personas para alimentarse.

EL CLAP, LA POCA AYUDA DEL GOBIERNO

Codhez en su informe afirmó que la ayuda que proviene de los programas de alimentación del Gobierno nacional: las bolsas de Merca y bolsas CLAP son distribuidas una vez al mes. Estas, además, deben ser pagadas en pesos colombianos a un precio de COP. 5.000, el equivalente a Bs. 15, según la tasa cambiaria oficial del Banco Central de Venezuela. De no pagar una familia dicho monto, el consejo comunal les niega su venta.

Las bolsas, solo alcanzan para tres días, comúnmente contienen cinco kilos

de arroz, un kilo de harina de trigo, dos kilos de harina de maíz, un kilo de pasta, dos kilos de frijoles y 100 gramos de café, según reseñó Codhez.

Para Susana Raffalli, nutricionista, especialista en seguridad alimentaria e investigadora de Cáritas de Venezuela, las cajas o bolsas CLAP están llenas de carbohidratos vacíos y alimentos ultra procesados. Es decir, los productos que da el Gobierno en realidad no albergan ningún tipo de nutrientes necesarios para el cuerpo.

Según apuntó Parra, la harina es lo que más consumen los indígenas, pues «es el producto que llega a su manos»; al igual que la yuca y papa porque es lo que más cosechan; sin embargo más que nutritivo, estos alimentos tiene un gran contenido de glucosa. «Eso quiere decir que están expuestos a una mala nutrición y a padecer enfermedades», destacó.

SI NO HAY PESCADO, A COMER PÁJAROS

Muchas familias recurren al trueque, pues cambian cereales y granos por pescado. Pero los días que no hay



Cindy Echeto

pescado, ni hay intercambio, los hombres de familia suelen cazar pájaros y ese es el plato fuerte del día, así lo señaló la organización Codhez.

El activista Valmore Montiel mencionó que cuando la pesca está muy baja, las familias suelen movilizarse de forma temporal.

«Hay momentos en el año en donde la pesca no es fructífera o productiva; entonces, les toca emigrar. Muchos padres vienen a Maracaibo o San Francisco a tratar de buscar el alimento para su familia, así viven el día a día. Y a las mujeres les toca hacer el diario que se conoce aquí: hacer los quehaceres en casa de familia», reveló. Al tiempo que agregó que los niños se quedan en casa esperando que el padre de familia llegue con el sustento para resolver la comida del día.

HACIENDO MÁS AGUDO EL PADECIMIENTO

El abogado y defensor de los Derechos Humanos de los pueblos indígenas de Venezuela, Olnar Ortiz, visitó las comunidades indígenas wayuu y añú de la región Guajira en noviembre del 2022 y

se encontró con una realidad catastrófica, peor «de lo que se muestra en informes».

Según comentó en una entrevista a Radio Fe y Alegría Noticias, la desnutrición no es lo único grave que padecen los indígenas del estado Zulia. La potabilización del agua, la falta de gas doméstico y de electricidad, al igual que los casos de niñas menores de 13 años embarazadas, son temas «delicados que se ven en muchas comunidades indígenas».

«El agua por tubería no llega, el gas doméstico no existe, la bombona de gas es costosa. Muchas familias cocinan a leña y eso les trae problemas respiratorios», dijo Montiel. Aunado a que sufren infecciones intestinales por no ser desparasitados, añadió Parra.

Evidentemente, la población guajira del estado Zulia es un grupo que fue olvidado por las autoridades, quienes deben dar plena garantía de sus Derechos Humanos: seguridad alimentaria, vida digna y protección.

Como dijo Codhez, lamentablemente «los indígenas se ven empujados a sobrevivir en condiciones desiguales, de calamidad y vulnerabilidad constantes».